

BLANCO, JOSE JOAQUÍN. *La literatura en la Nueva España*. Vol. I. *Conquista y Nuevo Mundo*. Vol. 2. *Esplendores y miserias de los criollos*. México: Cal y Arena, 1989.

Al emprender la excursión que lo conducirá por el monumento histórico¹ llamado literatura colonial de México, José Joaquín Blanco indica que en los dos tomos que abarcan *La literatura en la Nueva España* nos invitará a pasar días pausados en una excursión personal e íntima. Nos obligará a curiosear cada grieta que se ha abierto en la curtida superficie de este monumento, incluso muchas en que el público jamás se había fijado, y al extenderse sobre cada una nos llamará la atención sobre la Iglesia que queda en el trasfondo. No tardaremos mucho en comprender que esa institución forma parte integral del monumento que Blanco nos lleva a examinar y que proyecta sobre los escritos novohispanos una sombra que no se percibe en las historias literarias clásicas, como la de González Peña.

Al indicarnos las proporciones de esa sombra eclesiástica, Blanco demuestra que, sin jamás contagiar su propio texto con el lenguaje de un Derrida de un Barthes, sabe interpretar con los demás críticos contemporáneos los espacios en blanco de los textos que él incluye en el canon colonial de México. La verdad que allí encuentra nos obliga a apreciar hasta qué punto Blanco toma partido político e ilustra lo que afirma el crítico Frank Lentricchia: "Ninguna lectura es, ni debe querer serlo, inocente del compromiso político" (8).

¹ Michel Foucault, en la introducción a *La arqueología del saber* habla de los "monumentos" para destacar una diferencia fundamental entre las historias tradicionales de la literatura y las modernas. Las tradicionales son las que se dedicaban a "«memorizar» los monumentos del pasado, a transformarlos en documentos y a hacer hablar esos rastros que, por sí mismos, a menudo no son verbales, o bien dicen en silencio algo distinto de lo que en realidad pronuncian. En nuestros días, la historia es lo que transforma los documentos en monumentos, y lo que, allí donde se trataba de reconocer por su vaciado lo que había sido, despliega una masa de elementos que hay que aislar, agrupar, hacer pertinentes, disponer en relaciones, constituir en conjuntos" (10-11).

La novedad de esta historia literaria se revela desde que echamos un primer vistazo al Índice. Blanco evidentemente estaba consciente de que la manera de organizar un objeto literario sigue siendo un problema que historiógrafos y teóricos no acaban de resolver.² Blanco, sin embargo, hace un esfuerzo notable por deshacerse del rígido marco impuesto por la división en siglos, de evitar el sistema de periodización que Hans Jaeger identifica, y rechaza, como la del "pulse rate", o sea, la división arbitraria según años de nacimiento o fechas de publicación. La cronología es perceptible una vez que nos adentramos en el texto de Blanco, pero ni los índices de sus dos tomos ni los títulos indican que siga un plan temporal. El lector de su historia se queda con la impresión de que las obras de los siglos XVI, XVII y XVIII forman una pieza única, con una sola narración. Lo que nos dicen los discretos títulos sin numeración es que el autor va a ocuparse de Hernán Cortés, del teatro de evangelización, etc.³

Cuando escudriñamos la finalidad de esa organización intencionada, vemos más claramente la singular distinción de Blanco como historiador. Es en su concepción del canon literario donde declara con fascinación su concepción de la manera como un pueblo se inmortaliza al hablar. Su visión presenta al canon colonial como un monumento que se encuentra a medio construir. Según la teoría de la historiografía de un Foucault y de un Jauss, así debe ser el canon de cualquier historia que realmente se precie de serlo.

No es que Blanco arroje por la ventana el viejo canon: aquí siguen siendo importantes Cortés, Bernal Díaz, Sahagún, Cervantes de Salazar y otros "grandes" nombres de la historia. Es más, al examinar en detalle pasajes importantes de los textos, Blanco les da aún más importancia de la que les otorgan otras historias. Pero sí hace una selección cuidadosa de las obras "básicas" que tradicionalmente han constituido el canon,

² Véase Jaeger. Éste y otros teóricos modernos concuerdan en que la división arbitraria del cuerpo literario por siglos o partes de siglos, o bien por movimientos estéticos (el romanticismo, el modernismo, etc.), o por etapas histórico-político-sociales, es precisamente eso, un criterio arbitrario ahistórico que no refleja la evolución interna del objeto hacia nuevos estilos, temas y formas. Pero hasta la fecha nadie ha podido proponer otro estilo de periodización que funcione mucho mejor que la mera cronología.

³ Cuando habla, por ejemplo, del cambio de monarca en España en 1700, advierte que "no introdujo cambios en la literatura novohispana". Es posible que Michel Foucault hubiera visto en esta historia de Blanco un buen ejemplo de la estratificación de series (artísticas, políticas, económicas, etc.) que corren simultáneamente pero a diferentes velocidades.

dejando a un lado a algunas e incluyendo a un buen número de autores, de obras e incluso de géneros que no figuran en otras historias. Desplaza casi por completo al cronista Francisco López de Gómara, por ejemplo, juzga que este autor sólo “tuvo el gran mérito de irritar a Bernal Díaz del Castillo” (1: 46), o sea, de provocar la creación de otra obra de mucho mayor valor literario.

Con tales desplazamientos, Blanco abre el canon para que sea más representativo de una expresión literaria del alma mexicana, dando cabida a mujeres, indios y plebeyos.⁴ En parte porque la literatura canónica del XVII sí fue producida exclusivamente por y para gente de una élite, dice Blanco que llegó “a uno de sus niveles más bajos en toda la historia nacional” (2: 169); de ciertas poesías de la época nos asegura que “difícilmente [se puede] imaginar algo tan malo”, o que es “el único poema casi tolerable” (2: 172). Semejante juicio reciben todos los poetas del XVII, salvo sor Juana: esos poetas de certámenes “querían lucirse”, dice, pero la censura eclesiástica los condenó al aburrimiento “hasta la muerte de predicar siempre lo mismo de la misma manera”. Su obra contiene “mucho basura” (2: 112).

Para J. J. Blanco, toda la literatura novohispana se podría reducir a una lista de seis grandes obras —“seis clásicos en tres siglos es muy poco, pero son grandes clásicos”—, que figuran entre las obras maestras de la literatura mundial (2: 192). Son: las *Cartas de relación* de Cortés, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz, la *Historia de las cosas de la Nueva España* de Sahagún, las *Obras completas* de sor Juana, la *Historia antigua de México* de Clavijero y las obras de fray Servando.

Pero el mayor acierto de Blanco como historiador es que, aparte de esa lista de gigantes literarios, ha podido reconfigurar el canon, incluyendo elementos menores cuya ausencia en el canon tradicional ha hecho pensar que la literatura colonial de México es más pobre de lo que realmente es. Blanco rescata estas obras no sólo desde dentro del canon establecido —para personalizar, profundizar y matizar viejas discusiones sobre autores y obras canónicas—, sino también desde fuera, para abrir espacio a géneros de expresión cultural raras veces mencionados en otras historias, y a los cuales no se les concede legitimidad como

⁴ Los críticos de la formación de los cánones se han fijado, dice Guillory, en un hecho indisputable: “If one were to glance at the entire list of ‘great’ Western European authors—the canon—one would find very few women, even fewer writers who are non-white and very few writers of lower-class origin” (234).

literatura. Así, incluye "textos" efímeros como los versos escritos en las paredes blancas de Coyoacán por los soldados de Cortés, o el famoso romance "En Tacuba está Cortés", citados por Bernal en su crónica de la conquista y que Blanco considera las primeras muestras de una poesía propiamente mexicana. Entre los historiadores, tanto tradicionales como modernos, Blanco se destaca por privilegiar las composiciones orales: los corridos, las coplas castellanas que se hicieron *huapangos* en la Nueva España, la seguidilla o la *chuchumbé* (canción satírica y lasciva que se tocaba en la iglesia como expresión de rebeldía contra las normas del Santo Oficio). González Peña se habría escandalizado al ver las páginas enteras que Blanco dedica a citar y comentar tales canciones.

Blanco comenta regularmente la ausencia de indios y mestizos, tanto en el canon tradicional como en los escritos coloniales. Conservamos siquiera algo de la literatura prehispánica, gracias a los frailes que la recogieron en sus crónicas, pero "los frailes habían obtenido de [los indios] lo que querían saber, los habían usado con sus propósitos de infiltración y «conquista espiritual»" (2: 126), y una vez cumplida esta función, los indígenas estaban de más en las letras novohispanas. Hay "muchas literaturas legítimamente nacionales, como parte de la realidad y de la vida de México" (1: 111), y tenemos que incluir las obras indígenas en el canon porque, en rigor, cada cultura étnica constituía una cultura nacional: muchas naciones conformaban la Nueva España, y como corrientes clandestinas, ocultas o marginadas han seguido expresándose en sus propias lenguas, con sus propias características y singularidades culturales y con desiguales niveles y modalidades de influencia novohispana o mexicana (1: 111).

Blanco no sólo comenta los escritos, ya célebres, de Tezozómoc, Chimalpahin e Ixtlixóchitl, sino que ofrece una excelente y detallada exposición de las "literaturas" indígenas que se recogen de los "discursos de viejos" (*huehuetlatolli*). Su narración adopta un tono triunfante cuando nos presenta a un nombre nuevo para el canon, el de Patricio Antonio López, "nuestro primer poeta indio en castellano" (2: 126). También incluye los documentos de litigio en que los indios, dice Blanco, lejos de tratar de "falsificar" la historia, como se ha dicho, lucharon por sus derechos y sus tierras valiéndose del lenguaje y los conceptos legales de los blancos.

A una de las expresiones más caracterizantes de la cultura criolla y mestiza —el villancico— Blanco le concede un generoso capítulo aparte. Opina que "ningún otro género literario floreció mejor y de manera tan continua y pareja" (2: 131). Para demostrar el valor lírico de este

género —“la más alta realización colectiva de la colonia”— incluye una larga explicación de varios textos. Dedicó también un capítulo a la copiosa literatura guadalupana, el tema “más grande del XVII” (2: 90), porque, mucho más que las obras más convencionales, las poesías y los sermones guadalupanos demuestran cómo el sentimiento criollo vino a convertirse en la conciencia de una nación que se independizaría de la corona. Destaca como ejemplo cumbre de esta expresión literario-política, el famoso sermón de fray Servando que, aunque resultó de inmediato en el destierro de su autor, contribuyó elocuentemente al sentimiento que luego se desahogó en la Guerra de Independencia.⁵

El periodismo también obtiene un lugar importante en el canon Blanco. Merece ser considerado como literatura, según Blanco, porque es significativa,⁶ y con frecuencia es estéticamente superior a la literatura convencional. Los periódicos que surgieron en la Nueva España del siglo XVIII son importantes porque lucharon por introducir nuevas ideas científicas y otras formas del pensamiento moderno en una sociedad todavía arraigada en “la vieja rutina medieval” (2: 255).

Los escritos científicos figuran igualmente en el canon reunido por Blanco:

Fueron la literatura que se leía a fines del siglo XVIII; eran más interesantes y útiles que la retórica cortesana de la centuria anterior y que la épica de taberna de las décadas trágicas de la criolla república independiente [...]. La ciencia es a la literatura del siglo XVIII lo que la teología a la de los dos anteriores; y tuvo intenciones literarias de dirigirse a un público, no a una secta de colegas (2: 266).

Anticipando las protestas que puedan surgir contra tal ampliación del

⁵ El sermón que fray Servando pronunció en 1794 frente a las principales autoridades civiles y eclesiásticas, “como todos los escritos de fray Servando, es magnífico por su inteligencia, su arrebatada y a veces bien claridosa pluma, y sus jeroglifos delirantes” (2: 241). Además, “queda clara la condición de fray Servando como anuncio de la independencia, y su curioso papel como precursor y soldado insurgente [...] y como fundador legislativo de la nueva república” (243).

⁶ La relevancia es elemento esencial de cualquier historia verdadera, según Arthur C. Danto, quien habla sobre “historia” vs. “crónica” (112-42). Todo historiador, dice, está obligado a establecer la significación de los sucesos u objetos históricos que narra: ésta puede ser pragmática, teórica, “*consequential*” (con respecto a la importancia relativa del suceso, da sus consecuencias) o reveladora (porque demuestra un dato antes desconocido). Véanse especialmente las páginas 132-135.

canon, Blanco comenta: "La literatura ofrece muchas ventanas y aposentos" (2: 267). Es posible que no todos acepten sus definiciones de la literatura, pero creemos que estos tomos crean una visión nueva, más útil e interesante, de la potencia de la palabra en México.

El criterio de la mexicanidad del canon —su carácter nacional— se ve aplicado con nuevo rigor en la historia de Blanco. Aparta del canon al dramaturgo Ruiz de Alarcón, considerándolo un escritor plenamente español, cuyo único vínculo con México es la casualidad de haber nacido en el país.⁷ En Blanco lo importante en una obra es siempre el que haya sido una muestra de lo verdaderamente criollo o mexicano, que haya o no la obra adelantado el momento de la independencia. A diferencia de sus antecesores, siempre busca la raíz autóctona, colocando a la literatura en un contexto enraizado en la tierra y el alma de la América septentrional, en la geografía y la cultura de ese lugar que para él nunca fue otra España "nueva", sino su propio y único ser: precolombino, conquistado, criollizado, mestizado y por fin nacionalizado.

Blanco nos hace observar rupturas en la serie de lugares comunes que nos han llegado en las historias previas. Recalca la mentira de la leyenda blanca al volver, con detallada precisión, sobre los documentos que cuentan las historias de las masacres de Cholula y Tlatelolco. Afirma que más conquistadores "murieron de bubas [sífilis] que de flechazos" (1: 36). Piensa que,

tal vez, en los últimos años, se ha idealizado en exceso a los frailes misioneros: su supuesta bondad personal, su muchas veces discutible inteligencia, su veracidad como historiadores y cronistas. Corresponde, por supuesto, a la historiografía, y no tanto a la literatura, el evaluar la exactitud de sus datos; pero incluso una lectura literaria de sus obras debe asumir una distancia crítica y poner en tela de juicio, primero, la naturaleza de estas obras, entrever sus motivos, aspiraciones y conflictos; en seguida, percibir el grado de credibilidad que merecen (1: 49).

De los pobres franciscanos lo único pobre fue su atuendo, y el más pobre de todos, el bondadoso y mitificado Motolinía, en realidad escribió

⁷ Considera a Alarcón un mal moralista que, si efectuó un cambio en la literatura con su teatro, fue porque destruyó la gracia y la risa de Lope para sustituirla por "un severo paterfamilias de clase media provinciana, bastante misógino" (1: 242). Blanco agrega de paso que las letras hispánicas cuentan con Alarcón sólo porque pudo "escapar de la Nueva España", donde el teatro fue el género más temido y vigilado por la Inquisición (1: 239).

para advertir a los rapaces españoles que si no cuidaban más a sus esclavos indios, terminarían por matar el ganso que les ponía el huevo de oro. Si leemos a Motolinía con cuidado, veremos que el fraile "justifica incluso el exterminio total de los indios" (1: 63).

Señala Blanco que la literatura novohispana no fue escrita ni por ni para ni sobre los indios, ni tampoco para la mayor parte de la sociedad. Casi toda la población era analfabeta, y aún más, pocos hablaban castellano. Los criollos eran, por la mayor parte, gente de clase baja. De ahí que la literatura fuera casi incestuosa: fue escrita por una pequeña minoría para ser leída por la misma minoría, y todo ello dentro de un ambiente ideológico claustrofóbico en el que nadie quería "ruido" con el Santo Oficio.

La Inquisición tuvo una influencia constante e importantísima sobre la producción y lectura de la literatura novohispana. En la historia de Blanco el Santo Oficio viene a ser una suerte de omnipoderoso autor o redactor de toda la obra colonial, un verdadero *heavy*, que pisa con bota cruel y estúpida sobre el espíritu creador novohispano:

No hubo escritor que no viviera aterrado por el Santo Oficio, tanto más cuanto que también fue una institución corrupta y podía enderezar sus armas contra quien fuera, con el solo fin de apropiarse de sus bienes (1: 93).

Desde el primer capítulo hasta el último, Blanco ve a los autores y sus obras a la luz de esa influencia pernicioso, esa "policía política vigilante del clero, de la aristocracia y de sectores peligrosos", que "para la literatura fue fatal" (2: 290). Rechaza a la crítica moderna que insiste en el análisis de la obra literaria aparte de su medio histórico y declara que los escritos del periodo colonial mexicano no pueden entenderse ni evaluarse sin que se tenga en cuenta que, "desde un principio, la Inquisición fue la carcelera de la literatura" (2: 291),⁸ que el desastre más

⁸ El Santo Oficio no sólo causó la autocensura, que dio lugar a una literatura casi exenta de ideas y de novedad, sino que actuaba como 'escritor' que competía con los autores a los que calificaba: "la «forma» es indistinguible del 'fondo' y la retórica de la religión. El gusto del calificado podía decidir una sentencia: que tal texto no era tan 'sublime', o tan 'elevado'; o por el contrario, que era muy ramplón, o 'arrogante'; innumerables veces, tanto en aprobaciones como en condenas, los calificadores se meten con asuntos artísticos como si fueran de fe y compiten en sabiduría e ingenio con el autor, lo regañan o le perdonan la vida. Y en el reducido grupo de letrados novohispanos las envidias y competencias andaban muy baratas. No se trataba, en consecuencia,

grande para la literatura mexicana ha sido la religión. Ésta es "*the pragmatic significance*" (Danto) que subyace a todo comentario del historiador. La Iglesia Católica ha sido emisor, receptor y editor del canon colonial.

Sin duda sigue habiendo lectores que todavía prefieren un diccionario-catálogo, como los que se escribían en la era pre-historiográfica, en los que poca atención se presta al hecho de que toda verdadera historia es cambio, en las que no se explora la unicidad de una obra, tendencia o época, ni se destaca el impacto de una institución como la Iglesia sobre el arte. Tales "historias" pueden servir como punto de partida; es fácil localizar en ellas el nombre de tal o cual obra o autor. Pero el estudioso serio acudirá a otras fuentes que, en el horizonte de nuestras cambiadas expectativas, resultan más "históricas".⁹

Actualmente queremos que, al lado de la obra artística, se estudie el medio social en el que se inserta. Blanco responde a este criterio en plenitud, sin abandonar el rigor crítico. No hay obra ni autor que mencione que no se vea, con lunares y todo, actuando en el escenario de la época y el lugar donde surgió. Lector brillante, Blanco saca de su lectura los matices, el colorido, el chisme, la brutalidad, lo cómico, lo raro, lo mentiroso, lo místico y lo hermoso —en fin, la vida misma— del mundo que produjo el objeto de su estudio. Nos hace presenciar el nacimiento de una nueva literatura en la historia de la conquista escrita por un tlatelolco anónimo en 1528, "con el párrafo más amargo de la literatura nacional" (1: 77); nos permite convivir con indios, españoles y nuevos mestizos ante una función teatral que articula el concepto del infierno cristiano con un cubo de serpientes agonizantes. Nos maravillamos de ver cuán diferentes son las dos versiones de la historia de Sahagún, la una, en castellano, recargada de críticas a los nefastos indios, la otra, en un náhuatl que esconde del Santo Oficio muchas verdades audaces. Compadecemos a un Sahagún que se queja de las mujeres indias que andaban por los pasillos mascando chicle, "sonando las dentelladas como castañuelas" (1: 71).

No es sorprendente que, entre las muchas aportaciones de Blanco, haya un comentario, sucinto pero preciso, que explica cómo la conquista y la colonización crearon, no sólo una nueva literatura, sino una nueva lengua —un español indianizado y arcaico—, con la que se expresó.

de un claro decálogo que no se debiera quebrantar, sino de todo un laberinto en el que sólo de milagro se podía salir bien librado" (2: 291).

⁹ Para el "horizonte de expectativas", véase Hans Robert Jauss.

Este análisis lingüístico no sorprende, porque el lector habrá advertido desde la primera página de este grato texto que el propio historiador es un estilista de primera clase, un escritor cuyo impacto descansa igualmente en su capacidad de evaluar lo mucho que lee y en su dominio del lenguaje. En su historia de la literatura de la Nueva España tenemos una obra que no sólo ejemplifica la verdadera historiografía moderna, sino que merece su propio lugar en el canon de la literatura mexicana de hoy.

LINDA EGAN

University of California, Santa Barbara

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- DANTO, ARTHUR C. *Narration and Knowledge*. New York: Columbia University Press, 1985.
- FOUCAULT, MICHEL. *La arqueología del saber*. Trad. Aurelio Garzón del Camino. México: Siglo XXI, 1979.
- GONZÁLEZ PEÑA, CARLOS. *Historia de la literatura mexicana, desde los orígenes hasta nuestros días*. 2ª ed. 1928; México: Cultura y Polis, 1940.
- GUILLORY, JOHN. "Canon." *Critical Terms for Literary Study*. Chicago y Londres: Chicago University Press, 1990. 233-249.
- JAEGER, HANS. "Generations in History: Reflections on a Controversial Concept." *History and Theory* 24 (1985): 273-292.
- JAUSS, HANS ROBERT. *Literaturgeschichte als Provokation*. Frankfurt: Suhrkamp, 1970.
- LENTRICCHIA, FRANK y THOMAS McLAUGHLIN, eds. *Critical Terms for Literary Study*. Chicago y Londres: University of Chicago Press, 1990.
- JUAN PEDRO VIQUEIRA ALBÁN. *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*. México: FCE, 1987.

En los últimos años, el estudio sistemático de la historia de las mentalidades y de las costumbres populares se ha desarrollado en México de manera importante bajo la influencia de la historiografía italiana y, en mucho mayor medida, de la francesa, en particular de la llamada escuela de los *Annales*.

El trabajo que hizo para la *Historia moderna de México* Moisés González Navarro sobre la vida social en el Porfiriato —en donde se estu-